



MIRADOR

# El retorno del viaje

ANDREU MAS-COLELL

65

Aprovecho la oportunidad que la REVISTA DE ECONOMIA me brinda para, con la tenue excusa de una visita profesional de una semana a Moscú y Leningrado, reflexionar un poco sobre el proceso económico abierto en la Unión Soviética. El que esto firma no es un soviólogo, ni un especialista en la vieja subdisciplina de la economía, hoy en trance de desaparición, llamada «sistemas comparados». No creo, sin embargo, que un economista, cualquiera que sea su especialidad, deba pedir excusas por sucumbir a la tentación de decir la suya ante tamaño espectáculo. Algo hay de frivolidad en ello pero lo contrario sería casi insensibilidad. Y es que lo que allí ocurre nos toca de cerca y nos toca a todos. Nos toca de cerca porque la Unión Soviética, a diferencia de por ejemplo, China, no es para nosotros una sociedad que sea económica o culturalmente exótica. Nos toca a todos porque los temas sobre la mesa (de operaciones, deberíamos decir) son los más centrales de la ciencia económica, los comunes a todas las subdisciplinas: como diseñar sistemas de incentivos que induzcan una asignación eficiente de recursos, como establecer derechos de propiedad, como determinar criterios de compromiso razonables entre las exigencias de equidad y las de eficiencia, como garantizar la mortalidad de estructuras económicas ineficientes, hasta que punto confiar en las soluciones de mercado competitivo,...

No me referiré directamente a los demás países del Este de Europa. Parece cosa cierta que estos países han escapado ya del control de la Unión Soviética para entrar en la órbita económica y política en la Europa Unida. Si la Churchilliana cortina de hierro cayera de nuevo sobre Europa lo haría con toda seguridad muy cerca de la frontera de la Unión Soviética. Con este trasfondo político la transición económica de la Europa oriental será, indudablemente, compleja y tendrá plazos inciertos, pero, para decirlo

en dos palabras, está cantada: será absorbida por la economía de la Europa occidental. Una operación mayor y menos limpia que el engullimiento de Alemania del Este por la del Oeste pero básicamente de la misma naturaleza. Si se me permite simplificar sobremanera diría que hay diferencias de grado pero no de esencia entre la absorción de España, Portugal y Grecia, por un lado, y la de Polonia, Hungría o Yugoslavia, por otro.

La Unión Soviética, sin embargo, es otra cosa. Ahí nada está cantando. La historia, las magnitudes demográficas, geográficas y económicas, por no decir la situación geopolítica y militar, hacen de la URSS un caso muy distinto al de los restantes países de la Europa oriental. Las sorpresas son continuas, pero aun así no me parece probable ni que la URSS se entregue a otra economía ni que haya alguna economía con la capacidad suficiente para absorberla (a pesar de la gracia recogida en las calles de Moscú según la cual la URSS debería imitar a la RDA y unificarse con los EEUU). La Unión Soviética deberá salvarse sola.

Dividiré mis reflexiones en cuatro apartados. En el primero comentaré sobre las relaciones entre el cambio económico y el político. El segundo discutirá algunos aspectos de la reforma económica, dejando para el tercero un aspecto crucial: el de la privatización. Finalmente, y de carácter más anecdótico, me referiré en el cuarto a los economistas en la Unión Soviética. Parece apropiado hacerlo en la revista de los Colegios de Economistas.

Mis reflexiones tienen un tema común al que ahora aludiré un tanto crípticamente pero que se aclarará en el resto del artículo: la contención que los procesos económicos y políticos tienen cada uno de ellos su propia lógica y que los primeros evolucionarán con mayor continuidad que los segundos.

Antes de entrar en materia convendrá aclarar una cuestión semántica. ¿Cómo llamaremos al sistema económico de la URSS, el destino del viaje a cuyo retorno estamos ahora asistiendo? ¿Socialista? Se presta a confusión con los modelos propugnados por los partidos socialistas occidentales. ¿Socialismo real? Es un término propagandístico e impreciso, ¿qué significa real? ¿De planificación central? El término es ajustado pero aparatoso y no acaba de poner el énfasis en una característica esencial, a saber, el dominio de la forma de propiedad pública. ¿Comunista? Pone el acento en el lugar adecuado pero tiene excesiva carga ideológica. ¿Colectivista? Pudiera sugerir nociones de autogestión. Pero necesitamos una denominación. Utilizaré el de economía centralizada, aunque sé que no es una expresión ideal.

La agenda del cambio en la Unión Soviética tiene dos ejes: el económico y el político. Tal situación no puede ser una coincidencia. Quisiera dedicar unos cuantos párrafos a discutir sus relaciones mutuas.

Una hipótesis posible es que la crisis política es un epifenomeno de la económica. En esta interpretación la Unión Soviética pasaría por una profunda crisis económica. Una consecuencia de la misma sería el descrédito del Partido Comunista y la posibilidad de que un liderazgo democrático emergiera como la alternativa capaz de sacar a la economía de su marasmo. Si este fuese el aspecto dominante de la interrelación económica-política habría que ser, quizá, un tanto pesimista sobre el futuro democrático de la Unión Soviética. Como bien sabemos los españoles, y están aprendiendo los soviéticos (la situación económica ha empeorado en los últimos cinco años), las transiciones políticas tienen costes económicos. Si de lo que se tratara fuera exclusivamente de facilitar un cambio económico bien pudiera ser que el curso más eficaz fuese algo semejante

a la vía china: cambios económicos relativamente profundos en un marco político rígidamente autoritario.

Es patente que el problema económico de la Unión Soviética es grave. No me entretendré en este artículo en la consabida enumeración de las mil y una ineficiencias del sistema centralizado (las colas, la acumulación de inventarios, etcétera, etcétera). Procedo así para no repetir lo que es conocimiento comunmente aceptado. Suscribo plenamente el diagnóstico de que el sistema centralizado nunca ha funcionado bien y no tiene ahora perspectiva alguna de futuro. (1)

Asumido lo anterior se sigue, claro está, que la Unión Soviética vive una crisis económica. Es una crisis que perciben agudamente los núcleos profesionales y dirigentes, lo que en sentido amplio se llama la *intelligentsia*. Pero no se sigue que la crisis esté en la calle, o que lo estuviera cuando empezó la transición política. Porque el hecho es que la torpe y pesada máquina de la planificación central hizo camino y, mal que bien, elevó el nivel de vida de la población. Funcionó, en el sentido que, aceptada la lógica del sistema (con sus colas, etc), garantizó a los ciudadanos el techo, la comida de cada día, la educación,... Los habitantes de Moscú o de Leningrado (no me atrevo a hacer afirmaciones sobre otros lugares) no andan macilentos por las calles ni van pobremente vestidos. Comparada con Europa Occidental (incluso con España) la Unión Soviética es un país atrasado, y esto obviamente marca el fracaso de la economía centralizada, pero no es un país sumido en una espiral de pobreza, ni esta el sistema al borde del colapso cuando se trata del cumplimiento de los objetivos elementales antes mencionados. Hay estabilidad en la situación actual. Cuando Sydney Webb visitó la Unión Soviética en los años treinta pronunció la famosa sentencia «He visto el futuro y funciona». Hoy es corriente satirizarla con un «He visto el pasado y no funciona». Yo me acercaría más a «He visto el pasado y funcionaba» (a su aire).

Conjeturar criterios significativos para comparar el nivel de bienestar del habitante medio de sociedades distintas es un problema teórico muy difícil. Pero mi conjetura sería que si tales índices se pudieran confeccionar, la diferencia media entre un japonés y un soviético sería me-

nor que la derivada de una comparación directa de rentas *per capita*. Los japoneses al fin y al cabo trabajan mucho, pasan mucho tiempo yendo y viniendo del trabajo y viven en apartamentos muy pequeños. Por otro lado pienso que la diferencia con un americano sería considerable ¿Y cómo valoraríamos el aspecto distributivo? ¿Y la posibilidad de elegir? Por ejemplo, en la Unión Soviética el alojamiento es básicamente gratuito pero la elección de residencia esta severamente limitada. ¿Cómo evaluaremos el ocio? Si descubrimos que los soviéticos no trabajan mucho obviamente importará hasta que punto el ocio es voluntario y no un reflejo de la falta de oportunidades y estímulos ¿Trabajar, para qué?

Las consideraciones anteriores me llevan a pensar que la hipótesis apuntada al principio de esta sección no es muy acertada. Me inclinaría más por la hipótesis de que no hay una relación causal en la coincidencia de la crisis económica y política. Hay coincidencia porque ambas son manifestaciones del mismo fenómeno. A trancas y a barrancas, la población soviética ha alcanzado un nivel de bienestar mínimo. El crecimiento económico en los años de Breznev fue lento (tan lento que aquellos años son ahora conocidos como la era del estancamiento), pero no inexistente. Poco a poco, y a fuerza de voluntarismo administrativo, una burocracia enorme y estructuralmente ineficiente (pero relativamente honesta y eficaz) llevó a la población, al menos en las grandes ciudades, a los niveles mínimos de sofisticación económica en que la imaginación, la ambición y las expectativas se liberan de la concentración obsesiva en las necesidades perentorias para enfocar un horizonte mucho más amplio.

A este punto puede llegar, lentamente, el sistema centralizado pero no más allá. La necesidad de la reforma económica surge con fuerza tan pronto como la tarea que se plantea a la economía es la de satisfacer las necesidades de una población con deseos de modernidad, medida ésta por el estilo de vida vigente en las economías capitalistas más avanzadas, tan centrado en la existencia de un ancho repertorio de opciones entre las que elegir. Uno de los aspectos que instintivamente más chocan al visitante occidental (aún al más avisado) es la inexistencia en la Unión Soviética de «menús» (utilizo esta expresión en un

sentido amplio, como se ha hecho costumbre entre macroeconomistas, no referido exclusivamente a menús de restaurantes). Claramente, el sistema centralizado está orientado a garantizar que la demanda definida grosso modo, se pueda cubrir (dando por sentado la combinación de precios bajos y colas como método de asignación), pero concede mucho menos valor al afinamiento en la compatibilización de demandas y ofertas. Si uno tiene necesidades dietéticas especiales (por ejemplo, si uno es vegetariano) debe prepararse bien antes de visitar la Unión Soviética. He dicho que el sistema no concede valor a la diversidad pero quizá no sea esta la expresión adecuada. Remedando la conocida frase de Marx, podríamos afirmar que el sistema no valora lo que no puede resolver. Y es que, en efecto, es muy difícil reproducir el espectro de elección de una economía occidental a fuerza de disposiciones administrativas, a golpe de teléfono, por así decir.

Como la económica, la crisis política sería también una consecuencia de la llegada de la Unión Soviética al nivel mínimo de bienestar económico en que la sociedad (y fundamentalmente los cada vez más numerosos sectores profesionales) sólo puede sentirse políticamente confortable en un régimen pluralista y democrático. A pesar de las ideas tradicionales sobre el no retorno del comunismo, la Unión Soviética no ha sido excepción a lo que empieza a tomar el carácter de una ley universal: que cuando los pueblos alcanzan una cota crítica de bienestar económico el sistema democrático emerge como el único pacto social viable y su instalación, es con mayor o menor retraso, inevitable. No hay dictadura, personal de partido o militar, que no tenga fin, y cuanto mayor sea el nivel de desarrollo económico, más cercano el momento de la transición.

No hay nada en lo que acabo de mencionar que los españoles no puedan entender muy bien. Porque en definitiva la tesis que sostengo es que lo que está ocurriendo en la Unión Soviética es muy parecido a lo que ocurrió en España después de 1975. Mi amigo Joaquín Silvestre, que también ha pasado su semana en Moscú, lo describe muy bien como la forma que en España hubiera tomado la transición política si no hubiera preexistido la oposición democrática. Lo que hay

en la Unión Soviética (al menos en la muy amplia *intelligentsia*) en una ansia inaplazable por la normalidad, es decir por un régimen político de base democrática al estilo occidental. No hay simpatía por la noción de que «la Unión Soviética es diferente» (al estilo del «España es diferente»). Están, por decirlo con alguna brutalidad, hartos del culto a la Revolución, del culto a Lenin, de las iglesias transformadas en museos del ateísmo, de la exigencia de lealtad intelectual a una especie de escolástica llamada materialismo histórico, de la práctica imposibilidad de viajar al extranjero, etc. Lysenko, un dirigente reformista del PCUS, ha capturado bien este espíritu cuando, cual Costa y sus siete llaves al sepulcro del Cid, ha comentado que lo mejor que podría hacerse con el cadáver de Lenin (todavía embalsamado y objeto de veneración en la Plaza Roja de Moscú) sería darle cristiana sepultura. Quizá lo más deprimente para un espíritu tradicionalista sea que muchos son los soviéticos que simplemente no pueden tomarse en serio la historia de los últimos setenta años. Sólo les produce hilaridad. Es un estado de ánimo que, otra vez, no tiene que ser difícil de comprender para los españoles.

La idea que he tratado de reflejar en el último párrafo es sobre todo la de la *intelligentsia* de las grandes ciudades y no está aún encarnado en un gran movimiento de masas. No son pocos los que creen que como tantas veces en la historia de Rusia, esta efervescencia democrática acabará en nada. Con mayor optimismo pienso, en cambio, que el proceso es irreversible (aunque no me atrevería a decir que no interrumpible) precisamente porque refleja la marcha inevitable hacia la modernidad. No es, para abundar en lo dicho, la consecuencia coyuntural de una crisis económica sino un signo de progreso económico. Si se me permite la paradoja, afirmarí que si el sistema centralizado hubiera tenido tanto éxito como el que ambicionara Jruschov al precedir (en los primeros sesenta) que el nivel de vida de la Unión Soviética superaría al de los EEUU en una generación, entonces la transición democrática, incluida la descomposición del Partido Comunista, no hubiera sino ocurrido con anterioridad y con más pujanza.

Terminaré esta sección con algunas conside-

raciones de orden coyuntural. Sorprende al visitante occidental que en amplios sectores de la *intelligentsia* se le niega a Gorbachov el pan y la sal. Parece injusto, e imprudente. Para muchos Gorbachov sufre de un pecado original: la falta de legitimidad democrática (en una ocasión en Moscú la pregunta «pero ¿por qué no apoyáis a Gorbachov?» concitó la respuesta: «es que es comunista»). Eliminada la marcha atrás, Gorbachov sólo conseguirá la autoridad efectiva que la Perestroika necesita si se somete al veredicto de las urnas. Y si hay que pasar por ese trance, el continuo y acelerado desprestigio del PCUS aconsejan hacerlo cuanto antes mejor. Como en Bulgaria, el PCUS podría ganar las elecciones ahora (justito, la URSS no es Rumanía) pero en dos años, Dios sabrá. Sea como fuere no es previsible que durante las primeras fases de la transición política se llegue muy lejos en la reforma económica. En primer lugar, la economía puede esperar un poco, en segundo lugar es difícil hacerlo todo a la vez, y, finalmente, ya hemos indicado que para empujar el cambio económico, Gorbachov (o quien esté en su lugar) precisará de un fuerte respaldo electoral.

## La reforma económica

La reforma económica (no llamaré la Perestroika para no dar la sensación de que estoy hablando de un programa oficial bien definido, pese a que el término carece de connotación concreta alguna; es una vaga expresión de voluntad de cambio) tiene muchos aspectos, de los que me concentraré en tres: el ajuste macroeconómico, la transformación a una economía de mercado y la privatización. Esta última será objeto de la próxima sección. Aspectos que no tocaré incluyen la apertura al exterior y la reforma del sistema financiero.

Es un fenómeno bien sabido que en la Unión Soviética abundan los rublos, los hay en cuentas de ahorro, en cuentas corrientes y, naturalmente, también debajo de los colchones. Durante años el procedimiento ortodoxo para financiar la diferencia entre entradas y salidas de rublos al (enorme) sector público ha sido imprimir billetes. Puesto que los precios estaban controlados y el mercado negro, dentro de lo que cabe,

limitado, ello no tuvo efectos inflacionarios inmediatos. Simplemente ha aumentado la demanda potencial no satisfecha. Ahora bien, si se piensa en liberalizar los mercados para que los precios encuentren su valor de equilibrio, entonces esos rublos constituyen un problema serio puesto que la tendencia primera será a un incremento rápido y general de los precios monetarios. Es muy dudoso que en este clima los precios relativos encuentren su valor de equilibrio, y es ciertamente imposible que lo hagan sí, como es muy probable, las presiones para la continuada emisión de rublos no pueden resistirse. En ese caso la liberalización de precios generaría una espiral inflacionaria acelerada.

Es preciso, pues, convenir que un ajuste monetario es obligación previa a la liberalización de mercados. No pretenderé saber como debe realizarse este ajuste. Cada macroeconomista con algún interés en la Unión Soviética y cada economista soviético, macroeconomista o no, tiene una fórmula. No sería útil contribuir con ideas de un microeconomista no soviético. Entre los soviéticos hay opiniones de todos los tipos: desde los que proponen un tratamiento de choque a la brasileña (incluida la congelación de cuentas de ahorro) a los que contemplan un sistema más pausado donde un nuevo rublo fuerte sustituiría progresivamente al rublo antiguo. El proceso de sustitución consistiría en reservar un cierto número de mercados (que aumentaría en el tiempo) a las transacciones en rublos fuertes. A su vez habría un mercado libre para el cambio de rublos fuertes y viejos y la emisión de los primeros estaría severamente limitada. Ideas de este estilo las he oído de los economistas V. Makarov y V. Polterovich. En cualquier caso todo proceso de ajuste tendrá que resolver el mismo problema: cómo disolver (estoy traduciendo el inglés *dilute* un término familiar en economía financiera) el valor de la masa existente de rublos. Y ni que decir tiene que el ajuste será inútil si no viene complementado por la introducción de un sistema monetario, impositivo y financiero capaz de sostener la disciplina fiscal. El instrumental político-económico disponible actualmente es de un primitivismo atroz.

Los economistas y dirigentes soviéticos han superado ya una primera fase donde la reforma eco-

nómica era entendida, con una buena dosis de ingenuidad, como una búsqueda, básicamente centralizada, de los precios correctos. En esta concepción, de la que quedan muchos resabios, la esencia del problema sería la sustitución de precios irrealistas y distorsionantes por precios que tuvieran la virtud de equilibrar todos los mercados, y que, por lo tanto, ajustarán la producción a la demanda de forma más racional. Utilizando la vieja analogía del ordenador y el mercado, la política de reforma empieza a comprender que no se trata de sustituir el mercado por un ordenador sino de dejar que, entre otras muchas cosas, el mercado sea su propio ordenador.

Porque el mercado es más que un mecanismo para computar precios de equilibrio. Es sobre todo un sistema descentralizado de incentivos que, complementado con la libre movilidad de factores y agentes productivos, asigna recursos eficientemente, al tiempo que extrae y procesa cantidades ingentes de información.

Ha habido en los dos últimos años una incipiente introducción de algunos elementos de mercado en la Unión Soviética. Los mecanismos legales han sido esencialmente dos, los proyectos conjuntos (*joint ventures* en inglés) y las cooperativas.

Los proyectos conjuntos lo son entre empresas extranjeras y entidades soviéticas. Estas son de lo más variopinto. Empresas ciertamente, pero también municipios e Institutos de la Academia de Ciencias (el que yo visité, por ejemplo, tiene un proyecto conjunto de ensamblaje de ordenadores con una empresa americana). La actividad en proyectos conjuntos es muy notable pero sin una reforma más amplia alcanzará pronto sus límites. No existe por ejemplo una ley de repatriación de beneficios (y difícilmente puede haberla sin la convertibilidad del rublo). Lo que sucede es que muchas empresas europeas, americanas y japonesas están invirtiendo cantidades modestas en la Unión Soviética (más o menos a fondo perdido) con la esperanza de que un pie dentro les de una ventaja estratégica en una futura economía de mercado.

Las cooperativas son lo que su nombre indica, aunque en la práctica son con frecuencia subterfugios legales de empresas privadas. Tienen en general pocos miembros y actúan en los intersti-

cios del sistema planificado. De todas las reformas de los últimos cinco años, esta ha sido la de mayor éxito y la que ha tenido algún impacto en la vida diaria de la Unión Soviética. Es un impacto, sin embargo, todavía muy residual.

Como es bien sabido los economistas tendemos a analizar la economía bajo la hipótesis de que los agentes económicos explotan todas las oportunidades de ganancia disponibles. Es bien conocida la ocurrencia que afirma que un economista no recogería un billete de mil pesetas del suelo puesto que, razonaría el economista, si el billete fuese de verdad ya alguien lo hubiese cogido. (El comportamiento del economista no es tan absurdo como parece: sustitúyase «billete de mil pesetas» por «pedrecita brillante con aspecto de diamante» y enjuiciase de nuevo la situación). En todo caso, en mis pocos días en Moscú y Leningrado me pareció que las calles estaban empedradas de billetes de mil pesetas. A uno se le aparecían constantemente pequeñas posibilidades de arbitraje destinadas a satisfacer demandas efectivas obvias. Mis amigos me aseguraron, sin embargo, que el comportamiento del economista de la ocurrencia era el adecuado, las posibilidades de negocio serían ilusorias dados los impedimentos administrativos, por un lado, y la dificultad de proveerse de suministros en inexistentes mercados de bienes intermedios. Ello explicaría el carácter marginal de las cooperativas. Bien puede ser que el funcionamiento de un sistema de mercado tenga un gran elemento de complementariedad, en el sentido de que si solo existen la mitad de los mercados necesarios, el sistema tendrá una productividad mucho menor a la mitad de la máxima productividad posible. Sin embargo no pude dejar de pensar que después de setenta años de centralización no es improbable que el espíritu empresarial ande un tanto embotado y necesite tiempo para avivarse. Mi sospecha sería que aunque el marco legal no cambiase, se viviría un proceso lento, pero seguro, de concienciación empresarial que conduciría a una expansión notable de la actividad de mercado libre, al menos en el sector de bienes de consumo. Algo de eso está ya ocurriendo bajo el paraguas de la muy limitada ley de cooperativas. La tendencia es que para cada producto de consumo haya dos mercados. Uno primero es el oficial y

controlado, donde los precios son bajos y, naturalmente, hay un exceso de demanda que se resuelve en racionamiento por colas. El otro mercado es libre, y legal, y provee el producto o servicio a un precio superior. Es importante entender que el servicio que el mercado libre provee es el de la disponibilidad inmediata, no necesariamente el de la calidad. Con frecuencia el mercado libre proporciona un producto que no existe en el sector oficial, pero también muchas veces hay un producto oficial similar, de calidad superior y de precio inferior, pero no disponible inmediatamente.

Es interesante que aun siendo las cooperativas la instancia más clara de economía de mercado en la Unión Soviética, la reacción de los soviéticos hacia ellas, aun la de los reformistas más concienciados, es ambivalente. Están rodeadas de un halo de sospecha, de una suposición de que su supervivencia y progreso en un sistema económico tan inhóspito como el soviético tiene que estar conectado con el apoyo y complicidad de redes «mafiosas», expresión esta última que uno oye repetidamente. Me falta información para saber hasta que punto estos temores están fundados (indudablemente las cooperativas tendrían que verse forzadas con frecuencia a sortear obstáculos y vivir en terreno legalmente dudoso) y hasta que punto son prevenciones exageradas alimentadas por la falta de experiencia de lo que es una economía de mercado.

Proyectos conjuntos y cooperativas no son más que los prolegómenos del proceso de transformación a una economía de mercado. Comparado con la tarea a realizar, el proceso no ha empezado todavía. Baste subrayar que la plena conversión debe lógicamente suponer el fin de la planificación que, de momento, es la que sigue sosteniendo a la economía. Aparte del ajuste macroeconómico, el retorno a la economía de mercado se enfrenta a una dificultad de gran calibre. La fe histórica de los planificadores en los rendimientos crecientes a escala ha llevado a que multitud de productos sean manufacturados por una sola empresa (a veces, pero no siempre, en una sola planta). ¿Cómo prevenir que la futura economía de mercado sea una economía de monopolios?, es decir, ¿cómo garantizar que los mercados sean realmente competitivos? Si la econo-

mía soviética fuese pequeña, la competencia internacional podría encargarse del asunto, al menos para bienes con coste de transporte bajo (como, a grandes rasgos, ocurre en España). Pero la economía no es pequeña. Es poco probable que una ley antimonopolio que vigile los comportamientos sea suficiente, porque faltará una noción clara del punto de referencia permisible. En la Unión Soviética, aún más que en la economía grande por excelencia, los EEUU, la vigilancia de la competitividad de los mercados deberá tener en cuenta el nivel estructural. Fundamentalmente, deberá atender a que el número de empresas facilite la emergencia de la competencia. La historia del troceamiento de la ATT americana es bien conocida. Es muy posible que la Unión Soviética deba vivir docenas de procesos semejantes.

## La privatización

Una cuestión central a la reforma soviética es qué hacer con el inmenso capital social en manos del sector público.

El consenso es muy amplio (me refiero claro está al sector reformista) que el modelo de referencia, la meta final de la reforma, es un sistema capitalista de corte occidental. El escepticismo frente a formulas de «tercera vía», llámense socialismo de mercado, socialismo autogestionario, o denominaciones semejantes, es, no ya considerable, sino total. En la mente de los reformadores, la Unión Soviética (con ese u otro nombre) será algún día no muy lejano una economía capitalista basada en la propiedad privada. Entre los países capitalistas los hay, sin embargo, con tamaños del sector público muy distintos. La situación en la Unión Soviética no ha llegado al punto donde determinar el tamaño óptimo del sector público sea una cuestión relevante. En cambio la que sí es una cuestión de extraordinaria e inmediata importancia es decidir cuan rápidamente la privatización debe llevarse a cabo y cuán crucial es que forme parte desde el principio del programa de reforma.

Vale la pena observar que, aun sin privatización, una reforma decidida hacia una economía de mercado llevará a una expansión gradual del sector de propiedad privada, simplemente por-

que la inversión estará liberalizada y sería de esperar que en la Unión Soviética, como en todas partes, la dinámica de la innovación empresarial abriera un surco de creación de nuevas empresas e incluso de nuevas industrias. Hay que advertir, sin embargo, que para que ello ocurra es esencial que el sector privado (que, por decirlo así, tiene el carácter de una *industria naciente*) goce de protección frente al sector público.

Un programa inmediato y rápido de privatización está lleno de dificultades. ¿De dónde van a salir los mercados capaces de absorber una liquidación tan masiva de activos? Una respuesta para los restantes países de ex-planificación central es el mercado internacional, pues, sin duda, la venta al capital extranjero va a ser el destino de muchas empresas de estos países. Aun así, y con el proceso recién empezado, ya se oyen voces de alarma frente a los precios a los que se están vendiendo algunas de ellas (2). Y es que no existe un mercado líquido para este tipo de capital. Y menos aún cuando consideramos a la Unión Soviética. Una actividad de moda entre los economistas de esta última es la redacción de informes sobre cómo organizar una Bolsa de Valores. Es previsible que en los próximos años se organicen no una sino varias. Pero es una ensañación imaginar que a corto plazo pueda llegar a existir un mercado capaz de absorber a un ritmo rápido la liquidación del capital social soviético (pensemos en la lentitud del desarrollo del mercado de valores en España). Es por ello que soluciones del estilo de convertir las empresas en sociedades anónimas (esto sería deseable) y repartir las acciones entre la población son irrealistas, a menos, claro está, que sean ficticias (acciones administradas por sociedades fiduciarias bajo tutela pública y sin libertad real de compra-venta por parte de los propietarios). Además, ¿con qué criterios se repartirían estas acciones? En principio la solución más correcta sería conceder la misma cantidad para cada miembro de la población, aunque es previsible que en casos como la vivienda la asignación seguirá caminos distintos.

Pero, ¿es necesario un programa rápido de privatización?, o ¿puede esperar a que el sistema de mercado esté más avanzado? En principio, la privatización rápida podría apoyarse en dos clases

de razones. La primera es de orden político-económico y la llamaré la tesis (¿maldición?) de Hayek: afirma que la democracia es imposible si el sector público es excesivamente grande. La segunda es estrictamente económica: un sistema de mercado podría no funcionar en un entorno donde la propiedad pública fuese dominante.

En 1944 Hayek publicó *The Road to Serfdom* (3). Una de sus tesis principales es que un sistema generalizado de propiedad pública lleva a la extinción de la libertad y la democracia. El libro, una obra maestra, apareció en Londres y tenía un objetivo coyuntural: detener la influencia creciente del Partido Laborista. Para ser justos con Hayek habría que añadir que, en el espíritu de los tiempos (¿para que expandir el sector público sino es para hacer algo con él?), propiedad pública y planificación iban, para él, indisolublemente unidas. Lógicamente esta íntima asociación desaparece cuando contemplamos el viaje de retorno. Una difusa influencia de Hayek está presente en la ideología reformista de los países de economía centralizada. Así, por ejemplo, Janos Kornai, economista húngaro y uno de los estudiosos más destacados de las economías del Este de Europa ha titulado la versión inglesa de sus, muy cualificadas, propuestas para Hungría *The Road to a Free Economy*.

Es fácil, si uno se lo propone, ver en la experiencia de los países de economía centralizada una confirmación espectacular de la tesis de Hayek. Allí donde la propiedad privada fue abolida no hubo libertad política. Pero a mi entender, en esta hora y circunstancia, los peligros que la propiedad pública suponen a la democracia no deben exagerarse. En primer lugar, no es lo mismo una economía con un sector público grande, o muy grande, inserto en un contexto de mercados libres que una economía donde la propiedad privada sea literalmente ilegal y la planificación central reine a sus anchas. En segundo lugar, ¿por qué debe ser un sector público grande incompatible con la democracia? Al fin y al cabo la tesis de Hayek se manifestó huera. El sector público inglés, o sueco, creció en la postguerra hasta niveles que superaban en mucho el umbral de tolerancia de Hayek, y ¿quién se atrevería a decir que la democracia estuvo nunca en peligro en el Reino Unido? Huyamos de ideas basadas en el

determinismo económico y reconozcamos que la esfera de lo político es autónoma. Allí donde se eliminó la propiedad privada, se eliminó antes, no después, la libertad política. En cada uno de los casos de economías centralizadas, la libertad política se perdió porque un partido no democrático accedió al poder y no porque el sector público fuese de tamaño excesivo. En todas las experiencias históricas (creo que no hay excepción) los regímenes democráticos han sido perfectamente capaces de controlar al sector económico público. Cierto que ningún régimen democrático ha llegado a tener un sector público tan grande como, por ejemplo, el húngaro, pero la historia está permanentemente abierta a las novedades. Me cuesta conceptualizar dónde estaría el origen de la discontinuidad. Es bien posible que haya una forma de histéresis institucional, donde el tamaño último estable del sector público dependa del punto de partida histórico. Países capitalistas con un pasado de economía centralizada podrían terminar con un sector público relativamente grande. La historia dirá. Pero repito, si la estructura institucional es firmemente democrática no veo amenazas políticas en esta situación.

Si el miedo político no debe llevar a una carrera desordenada a la privatización, queda la posibilidad de que esta sea, en cualquier caso, imprescindible para el funcionamiento, o al menos para poner en marcha, una economía de mercado (demos por sentado que el contexto político es democrático). Una discusión detallada de este punto nos llevaría demasiado lejos porque, faltos de experiencias concretas de este tipo de transiciones, la única discusión inteligente es en el ámbito de la teoría. La cuestión es si es posible para la autoridad política (repetimos, democrática) diseñar un sistema de controles e incentivos en el sector público que desestime la colusión entre unidades económicas, que favorezca el comportamiento competitivo y la innovación, que recompense el esfuerzo de ejecutivos y trabajadores, y que no sea un impedimento a la actividad del sector privado. Mi respuesta es que todo ello es posible, aunque de forma imperfecta. Estas imperfecciones son semejantes a las que conocemos bien en los países occidentales de economía mixta. Deben preocuparnos (como nos preocupan en

la Europa occidental) pero comparadas con las ineficiencias de la economía centralizada son, por así decirlo, de segundo orden de magnitud. Resumiendo: mi conjetura es que debe ser factible poner en marcha un sistema de mercado sin, simultáneamente y de una vez por todas, resolver la cuestión de la privatización.

En definitiva, ahí están mis opiniones: el ajuste macroeconómico es urgente (y, probablemente, pero en esto me pronuncio menos, debe llevarse a cabo de un solo golpe). Esta es la primera etapa. La segunda es la conversión a una economía de mercado y constituye el paso decisivo, y nada fácil, de la reforma. Supone, entre otras cosas, el fin de la planificación. La privatización, en cambio, podría tomarse con más calma. Como la última vez que las ideas occidentales (en aquel caso, el marxismo) llegaron a la estación de Finlandia, poca duda puede haber, de que los acontecimientos nos sorprenderán.

Interesará, me imagino, a una audiencia de economistas saber que uno de los factores de producción más escasos en la Unión Soviética son los economistas. Daré por sentado (aquí estamos entre amigos) que éste es un factor de gran importancia y productividad. Así que la situación de la Unión Soviética debe calificarse de alarmante. Los consabidos asesores internacionales pueden jugar su papel pero, en una economía de la dimensión de la Soviética, éste es limitado. Lo que hace falta, y escasea, son economistas que conozcan bien la economía soviética y la ciencia económica moderna, la que van a necesitar en la economía de mercado que se les viene encima.

No es que no haya economistas. Hay muchas facultades universitarias de economía y éstas han producido su buen número de licenciados. El problema es que su formación, y la de sus maestros, ha estado dominada por manuales de economía marxista que en el mejor de los casos se salvarían por el lado descriptivo y en el peor por ninguno. La ausencia de enfoques modernos ha sido completa. Baste decir que no hay traducciones de los manuales más usuales utilizados en las universidades occidentales.

Quisiera evitar un malentendido. No estoy arguyendo que los economistas soviéticos no sean inteligentes o que sean conservadores. Como en toda profesión, los hay muy capaces, y de hecho

su contacto con la realidad económica les ha llevado a ser predominantemente reformistas. Lo que ocurre es que precisan de un programa masivo de formación y reciclaje.

La economía occidental no ha sido totalmente ignorada en la Unión Soviética. Ha sido estudiada y cultivada (pero no enseñada) en centros de investigación de economía matemática. De hecho el término «economía matemática» ha sido entendido muy ampliamente y ha servido para encubrir el estudio del análisis económico occidental. Ejemplos de estos institutos, normalmente dependientes de la Academia de Ciencias, son el CEMI (Instituto Central de Economía Matemática, que publica la espléndida revista de investigación *Métodos de Economía Matemática*) en Moscú, fundado en las postrimerías de la era Jruschov, o los grupos que, en Novosibirsk, fueron, durante la era del estancamiento, patrocinados e intelectualmente estimulados por A. Aganbegyan (4) y, sobretudo, L. Kantorovich (eminente matemático, codescubridor de la programación lineal, y Premio Nobel de economía). Estos institutos se han nutrido de economistas, pero también, y a veces principalmente, de matemáticos puros, estadísticos, especialistas en investigación de operaciones y programadores matemáticos. El diálogo entre estos profesionales y los economistas no ha sido siempre fácil. Los primeros están más preparados y conocen mejor la economía occidental (aunque a efectos de investigación llevan el lógico retraso — aproximadamente una década— respecto a la frontera activa; el aislamiento se paga), pero a veces les ha faltado el sentido económico de cómo funcionan los mercados y han pecado de programadores puros. Como ya advertí anteriormente, entender lo que matemáticamente es un precio sombra no significa que la reforma económica se agote en asegurar que los precios fijados por el planificador central sean los correctos. En otras palabras, los economistas matemáticos no han sido inmunes al síndrome de pensar de lo que se trataba no era tanto de sustituir el plan por el mercado como de planificar bien.

Andrés Mas-Colell es profesor en la Universidad de Harvard y premio Rey Juan Carlos de Economía.

#### NOTAS:

(1) Véanse, por ejemplo, M. Ellman: *The USSR in the 1990s. Struggling out of Stagnatron*, EIU Economic Prospect Series, London, 1989, o el excelente artículo de L. A. Rojo «Sin Plan y sin mercado» en *Clases de Razón Práctica*, número 1, Madrid, 1990.

(2) Véase, por ejemplo, el capítulo sobre «Ownership» en J. Kornai: *The Road to a Free Economy*, Norton, New York, 1990.

(3) F. Hayek: *The Road to Serfdom*, edición americana: University of Chicago Press, Chicago, 1944.

(4) Del mismo puede leerse *Inside Perestroika*, Harper and Row, New York, 1989.

#### Cada mirada tenía su dueño



1 ANTONIO MACHADO. 2 VALLE INCLÁN. 3 UNAMUNO. 4 ALBERTO GIACOMETTI. 5 IGOR MARKEVITCH. 6 CARLOS BARRAL. 7 NURIA ESPERT. 8 ALEXANDER CALDER. 9 JEAN PAUL SARTRE.